

ESPAÑA O LA CONFIGURACIÓN  
DEL ALMOGÁVAR:  
INFLUENCIA DE LA GENERACIÓN DEL 98 EN LA OBRA  
DE FRANCISCO FRANCO, *RAZA*

SPAIN OR THE CONFIGURATION OF THE *ALMOGÁVAR*:  
THE INFLUENCE OF GENERATION OF '98 ON  
FRANCISCO FRANCO'S WORK, *RAZA*

**AZAHARA PALOMEQUE RECIO**

University of Texas at Austin,  
Department of Spanish and Portuguese,  
BEN 2.116. 1 University Station B3700,  
Austin, Estados Unidos.  
a.palomeque@mail.texas.edu

**RESUMEN**

A finales del siglo XIX, la llamada Generación del 98 reflexiona sobre el “problema de España”, especialmente después de la pérdida de las últimas colonias (exceptuando África) en 1898. En su literatura se percibe un nacionalismo en ciernes de tintes pre-fascistas. En 1941 Francisco Franco publica su novela *Raza*, bajo del pseudónimo de Jaime de Andrade, en la que recoge buena parte del ideario del 98, esencial para comprender el fenómeno del nacionalcatolicismo y, en general, el corpus ideológico franquista.

*Palabras clave:* Franco, España, Generación del 98, Nacionalismo, Literatura.

### ABSTRACT

At the end of the 19th century, the so called Generation of '98 reflects about the "spanish problem", especially after the last colonies' loss (except from the ones in Africa) in 1898. In their literature, a raising nationalism with a pre-fascism tone is perceived. In 1941, Francisco Franco publishes his novel "Raza", under the pseudonym of Jaime de Andrade. In his work, he echoes a reasonable part of 98's ideas. This fact is essential to grasp the national catholicism's phenomenon and, in general, the Franquist ideological corpus.

*Keywords: Franco, Spain, Generation of '98, Nationalism, Literature.*

---

Recibido: 08-03-2010

Acceptado: 19-04-2010

Nace este trabajo del interés personal por rescatar y analizar el pensamiento de una de las generaciones de intelectuales más reconocidas de la historia de España, a saber, la llamada Generación del 98, por cuya tarea artística la época en que se desenvuelve se ha llegado a denominar Edad de Plata española. Dicho grupo literario desarrolla su docta labor en torno al año 1898, fecha de la pérdida de todo el entonces territorio colonial nacional (Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Carolinas, Marianas y Palaos), sin considerar las posesiones en África. Sus letras se ubican, por tanto, mayoritariamente en un contexto peninsular español y en el período inter-republicano llamado Restauración Borbónica, aunque la mayor parte de las publicaciones de los escritores correspondientes a este período se concentran entre los años anteriores y posteriores al "desastre" del 98; de ahí el nombre del grupo y, en buena medida, las preocupaciones de tales intelectuales, ligadas a una atmósfera nacional convencionalmente vista como en decadencia y no sólo por motivos estrictamente belicistas.

A través de la crítica —casi repulsa— al contexto nacional antes demarcado, se articulará un cúmulo de reacciones artísticas que tratarán de dar respuesta al “problema de España”, lo cual sentará las bases del nacionalismo propio del país. En qué consiste dicho nacionalismo, cuáles son sus líneas principales de pensamiento y cómo influyen en un momento determinado de la historia posterior serán las preguntas a desarrollar en el presente estudio. Concretamente, repasar las premisas teóricas de algunos de estos literatos noventayochistas y de los que, siendo coetáneos de éstos, participaron también en la creación de un corpus narrativo sobre “el problema” español, a pesar de no estar estrictamente incluidos en dicha generación, Los postulados de estos intelectuales serán aplicados a una obra literaria y cinematográfica intitulada *Raza. Anecdotario para el guión de una película*, escrita por Jaime de Andrade, pseudónimo de Francisco Franco Bahamonde, y publicada por primera vez en 1941. Ésta, si bien no constituye un marco de referencia en las letras españolas, sí que se puede considerar un notable documento histórico por cuanto inaugura una nueva etapa nacional, acaecida tras la Guerra Civil: la dictadura franquista.

La obra en cuestión fue llevada a la gran pantalla por primera vez en 1942 de la mano de José Luis Sáenz de Heredia<sup>1</sup>. *Raza*, como cuna ideológica del franquismo, parece ofrecer al lector una serie de alusiones que remiten al nacionalismo surgido tras la derrota colonial y al desasosiego provocado por el dolor de España. Ahora bien, ni tal dolor, ni sus propuestas críticas y analgésicas llegarían a aprehenderse sin conocer, al menos a grandes rasgos, en qué consistía el consabido “problema” nacional.

Hablar de “desastre” sólo a partir de 1898 constituiría, como mínimo, una visión simplista de la historia, puesto que el país venía presentando rasgos calamitosos desde finales de la década de los ochenta. En efecto, durante este período se produjo también una epidemia de cólera y una sequía que arruinó las cosechas y dejó con hambre a buena parte de la población y, como consecuencia, produjo disturbios entre los más afectados.

---

<sup>1</sup> Aunque sería muy interesante, por motivos de espacio no se tratará aquí la versión cinematográfica de *Raza*. Sin embargo, sepa el lector que se rodaron dos versiones: *Raza* y *El espíritu de la raza*, cuyas diferencias estriban en la posición internacional que detentaban los EE.UU. y Hitler antes y tras la II Guerra Mundial al momento de la producción de ambos filmes: 1941 y 1950 respectivamente.

A las catástrofes naturales se sumaron, ya en los noventa, un ataque a las posiciones españolas de Melilla (1893) y una serie de atentados terroristas anarquistas (en 1892 y 1896) que convirtieron a Barcelona en “la ciudad de las bombas”. Todo lo anterior trajo aparejado consigo los efectos económicos de la guerra colonial, que provocaron el cierre de fábricas, huelgas y diferentes altercados entre patronos y obreros.

En el terreno político el ambiente no se mostraba más benévolo. El historiador Carlos Seco resume en el siguiente triunvirato los “males” de la nación en dicho ámbito: por una parte, existía una imperante “necesidad de dar autenticidad al sistema político”, basado en el turno ficticio de los partidos conservador y liberal ayudado por distintas prácticas ilegítimas como el caciquismo, el pucherazo, etc.; por otra, España dejaba fuera de este sistema “las reivindicaciones del sector obrero” y, finalmente, lo mismo ocurría con “las corrientes autonomistas, vinculadas a los núcleos burgueses más fuertes del país” (48).

De esta forma, se constatan las lacras presentadas por el sufragio universal instaurado por Sagasta en 1889 que, con la representación *sui generis* de las dos Españas, conservadora y liberal, no consiguió sino aumentar el resquemor de una tercera, proletaria y partidaria revolución desde abajo, articulada en torno al movimiento anarquista y, sobre todo, al partido socialista, creado en 1879 por Pablo Iglesias, el cual obtuvo representación sindical a partir de 1888 (la U.G.T.) y en las listas electorales después de 1891<sup>2</sup>.

Asimismo, a esta división tripartita de la sociedad se añadía otra de matiz nacionalista, a saber, el desgarró provocado por los regionalismos en Cataluña, País Vasco y, en menor medida, en Galicia. Si bien estos movimientos venían reclamando una atención nacional desde comienzos de los noventa, como demuestra la promulgación de las Bases de Manresa en 1892 para la restitución de los derechos históricos de Cataluña, será la guerra de

---

<sup>2</sup> Esta teoría de “las tres Españas”, implícita en el texto de Carlos Seco que data de 1969, se torna explícita a través de la pluma de Enrique Moradiellos, que en su libro *1936. Los Mitos de la Guerra Civil* es utilizada para documentar la situación española en la contienda y argumentar la victoria del bando franquista (conservador) sobre el bando republicano (dividido entre la España liberal-reformista-burguesa y la proletaria-revolucionaria).

Cuba el evento que obre como catalizador en las tensiones entre centro y periferia. A este respecto, conviene revisar la síntesis hecha por Carlos Serrano:

Arana consigue su primera elección como diputado provincial por Bilbao en 1898, habiéndose creado formalmente el primer núcleo del PNV en octubre del año anterior. En las municipales de 1898 el nuevo partido consiguió ya la elección de la mayoría de sus candidatos en Bilbao. Paralelamente, a raíz del desastre, en Cataluña se precipita la labor organizativa de hombres como Prat de la Riba o el joven Cambó, que culminaría con la creación de la Lliga en 1901. Mientras tanto Galicia, en un proceso más lento, se encaminaría hacia la formación de Solidaridad gallega (125).

Por último, la Iglesia y el Ejército tampoco se libraron de las dolencias nacionales. La primera, caracterizada por su “intransigencia ideológica” y aquejada de un “espíritu de cruzada” (Seco 38), se alejaba progresivamente de buena parte del sector liberal e intelectual; el segundo, además de presentar una macrocefalia<sup>3</sup> sin parangón, debió de enfrentar una crisis de legitimidad tras el fracaso en sus periplos coloniales. Como telón de fondo, un analfabetismo que, según Seco, afectaba en 1900 al 58% de la población. Dado este panorama, no es de extrañar que la historiografía tradicional se haya encargado de transmitir su pasado a los españoles en términos de fracaso, ni que los intelectuales de la época desenvainaran sus plumas en actitudes de protesta y revisionismo.

No obstante, las últimas teorías tienden a deconstruir la imagen de la España finisecular como organismo doliente e infausto y destacan de la Restauración “la estabilización que logró del funcionamiento del juego político, la neutralización del intervencionismo militar, el relativo respeto de las libertades personales y de los derechos cívicos, y el desarrollo de la vida cultural” (Fusi y Niño 12), en contraste con las cabriolas políticas acaecidas

---

<sup>3</sup> Cito los datos de Seco: “Existían entonces en España 499 generales, 578 coroneles y más de 23.000 oficiales para unas tropas que no excedían de 80.000 hombres. Tenía nuestro Ejército, en aquella época, seis veces más oficiales que el de Francia, que, sin embargo, contaba con 180.000 soldados” (40).

en el resto de la España decimonónica. De facto, será este clima de relativa paz y equilibrio el que faculte a los intelectuales para desarrollar su labor teórica o, como afirmó Francisco Ayala: “en reacción contra su atmósfera —la de la Restauración— que consideraban letal, pero dentro de su marco y gracias a ella, pudo la Generación del 98 contemplar el problema del destino común del país” (17).

Dicho problema debe contemplarse en términos de identidad nacional, es decir, de “sentimiento de pertenencia a una determinada nación, de tipo excluyente y absoluto” (Pérez 88) que, como sentimiento, es imaginado, subjetivo y no corresponde a ningún tipo de verdad ontológica preexistente, al igual que el ente al que dice pertenecer. Vale decir, la identidad nacional es (y de forma casi unánime en el marco de los estudios culturales y políticos actuales) un constructo cultural y simbólico que precisa de la participación activa de una serie de agentes que le den forma. Smith dividirá a dichos actantes en dos grupos: los intelectuales, encargados de la creación artística y la articulación de ideas; y la *intelligentsia*, “profesionales que transmiten y propagan esas ideas y creaciones” (84). Ambos, sumados a la labor de difusión ejecutada por los medios de comunicación, son los verdaderos constructores de identidad y de nación, por lo que no es sorprendente que el nacionalismo español naciese precisamente en una época de esplendor intelectual propiciada, como ya se dijo, por una relativa estabilidad política.

De hecho, se asevera que hasta el 98 el nacionalismo español no pudo encontrar “un exponente intelectual decidido y plenario” (Prado 28), ya que, a pesar de haber contado con brotes anteriores en torno al grupo de los doceañistas, éstos fueron prontamente sofocados y no pudieron reavivarse de nuevo hasta que una calma atmósfera histórica lo permitió. Por dicha causa, tal nacionalismo es etiquetado como “tardío”, aunque en consonancia con algunos europeos, como el italiano y el alemán, que habían unificado sendos pueblos a mediados del siglo XIX. Al nacionalismo español noventayochista, empero, no le corresponderá la tarea de poner en marcha un programa político puesto que, alejado del Estado, expande sus proyectos únicamente en terreno discursivo —lo que fue posteriormente criticado, entre otros, por Manuel Azaña, y a lo que Franco pondrá “remedio” con la fabricación de su nacionalcatolicismo— a través de la búsqueda de un *Volksgeist* castizo, es decir, de un “espíritu propio, peculiar e inalterable . . . cuyo descubrimiento ofrece la clave para entender su carácter único” (Prado 29).

Paradójicamente, en la búsqueda de tal unicidad, España se alía a las corrientes de pensamiento en boga en la época. Así lo demuestra su adhesión al concepto de *Volksgeist* y, en general, a la corriente romántica europea. En este punto, cabe destacar el artículo de José M. Jover, “Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo”, que enfatiza la participación del grupo noventayochista en el marco ideológico europeo, caracterizado —entre otras cosas— por la desconfianza en la filosofía positivista, una cierta “orientación demófila” o empatía hacia las clases bajas (recuérdese en concepto unamuniano de “intrahistoria”), la inseguridad provocada por la nueva clase proletaria naciente, así como la “decadencia de las naciones latinas” en cuanto productoras de ideología, ya que, esta vez, los vientos pensantes soplaban del norte: Schopenhauer, Nietzsche, Ibsen, Marx.

Además de las correspondencias ideológicas entre Europa y España, desde un punto de vista estrictamente historiográfico y factual, el 98 colonial español forma parte de una serie de sucesos catastróficos de los que había participado buena parte de Europa. Recuérdese, por ejemplo, la crisis africanista de Portugal en 1890 o la de Fashoda, que afectó a Francia, precisamente en 1898. Por todo ello, el viejo tópico de la diferencia de España, si no se derrumba completamente, al menos se atenúa, sin que ello suponga, desde luego, la pérdida de características propias del pueblo español. Se trata aquí, más bien, de aprehender y analizar tales rasgos propios de la nación española sin tropezar en la misma piedra teórica que durante décadas ha impedido contemplar la labor intelectual de la generación del 98 en relación a la construcción de una identidad nacional desde una perspectiva panorámica e integradora.

Enmarcada en su contexto, empero, la generación del 98 comparte ciertas particularidades que, en el fondo, son las que le han proporcionado su coherencia —aunque discutida— como grupo. No se pretende aquí, sin embargo, enumerar una serie de rasgos inapelables o adjudicarles un número de etiquetas inmarcesibles que englobe el corpus teórico de todos ellos, puesto que cada autor poseía, en menor o mayor medida, una filosofía y un estilo autónomos que, por otra parte, son los que han servido a la historia para valorizar a algunos y deslegitimar a otros. Con todo, es posible hablar de varias líneas básicas de pensamiento comunes.

Enferma, abúllica, átona, caduca: eran algunos de los epítetos que con frecuencia se aplicaban a España, no sólo por la Generación del 98

propiamente dicha, sino por todos aquellos que se unieron a la moda de la “literatura del desastre”, mucho antes, incluso, de que tal desastre aconteciera (recuérdese *Los males de la patria y la futura revolución española* de Lucas Mallada, publicado en 1890). No sólo la preocupación por la patria era común a todo este grupo intelectual sino también la retórica utilizada para el tratamiento del tópico, de cariz organicista, que consideraba a la nación como un cuerpo vivo, celular, semejante al humano, cuyos miembros dolientes se diagnosticaban a través de las letras, por medio un positivismo pretendidamente científico que, por sus concepciones excesivamente genéricas, se aproximaba por veces al Romanticismo.

Asimismo, este movimiento está en la línea de un positivismo deformado y metafísico, caracterizado por un determinismo geográfico que analiza la composición y origen de la tierra para determinar el carácter de una casta o raza, la española. Las consideraciones desprendidas de este análisis se caracterizan por elevar un ente metafísico imaginado a la categoría de “lo nacional”, más que por una definición materialista y estrictamente biológica de los trazos que configuraban tal raza. El “espíritu territorial” de Ganivet o el castellanismo unamuniano intentaron demarcarla, sin haber logrado notable éxito, puesto que en los escritos del compendio de intelectuales que sobre ella ergotizó encontramos tanto un pueblo abatido y débil como una “raza sobria, fuerte, fecunda y sana”, en palabras de Maeztu (126). En efecto, toda la literatura del desastre —y no sólo Unamuno— lidia con un razonable número de dicotomías, entre las que se encuentra la raza débil (vigente) contrapuesta a la raza fuerte (la que siempre fue, o puede llegar a ser), lo que permite vislumbrar otro par de opuestos: tradición y modernidad o, más bien, tradición y eternidad, articuladas frecuentemente entre un mirar introspectivo y un salto “de la patria chica a la humanidad” (Unamuno 143). Así, mientras se pretendía europeizar a España, se participaba, según Villacorta, en “esta ingente tarea de sacar a la luz la verdadera tradición nacional” (246), la diacrónica esencia española, esa que atañía al pueblo entendido como intrahistórico.

El pueblo fue constantemente apelado y usado como juguete retórico (“orientación demófila” ya explicada y definida por Unamuno como ciencia). El foco de este interés estuvo en los estamentos inferiores bajo un prisma de bonhomía y candidez que se contraponía a las instituciones del gobierno, pues, como argüiría Costa: “El honor y la seguridad de la Nación no se hallan hoy en manos de los soldados: están en manos de los que



aran la tierra” (Rodríguez 155). Esta actitud, que ha llegado a calificarse de populista, no hace sino acrecentar el consabido talud estamental que distanciaba a los intelectuales del pueblo llano, lo que responde a “un particular fenómeno sociológico del final de siglo: la aparición del intelectual como grupo diferenciado” (Villacorta 253).

Dicho grupo, formado ya como nueva clase social de nivel medio y en la mayoría de los casos con formación universitaria, contaba con ciertos proyectos extra-literarios. Así lo justifica Pro, al afirmar que la labor teórica de los susodichos literatos correspondía a “su ambición de poder”, por lo que “expresaban la frustración de las clases medias con formación ante un sistema político que no les permitía participar en el poder, al existir una masa inerme de campesinos analfabetos que la oligarquía podía manejar a sus anchas” (214). Como consecuencia, toda su retórica popular podría deberse, allende de a una pura estilización de sus textos con ciertas briznas de romanticismo, a la voluntad de arrogarse la adhesión de las masas para sus aspiraciones personales o, al menos, la aquiescencia de aquellas. De hecho, no pararon de abogar por una metamorfosis de la situación nacional en la que, tal vez, pudieran ocupar mejores posiciones.

En este sentido, son frecuentes las alusiones a una “España nueva” para la que moldean dispares hipótesis —eso sí, rara vez cristalizadas en un programa político— que provean al país con una definitiva solución al “marasmo” que arrostraba. De hecho, el propio movimiento regeneracionista, cuyos padres fundacionales convencionalmente se consideran Costa y Mallada, nace con este objetivo que acaba imponiéndose prácticamente a la totalidad de la literatura de la época, e incluso se lo apropian individuos de la facción social criticada, como el representante del partido conservador Francisco Silvela. Así, regenerar, renovar, revitalizar son verbos frecuentes en las letras del marco temporal referido que, aunque ha sido etiquetado como “pesimista” por el tratamiento parcialmente plañidero dado a las contradicciones intrínsecas de la Restauración, por su “sentido de retirada, renuncia y resignación” (Prado 51), en buena parte influido por corrientes de pensamiento foráneas (verbigracia: Schopenhauer), no deja de contar con un fin esclarecido: mudar el país.

En este punto no conviene desdeñar el razonamiento que arguye Pro en contra del superficial pesimismo noventayochista, que no hacía más que desvendar un optimismo real:

Si pintaban con tintas negras la realidad del Estado de la Restauración era porque aún esperaban que el efecto de su crítica sería el cambio de ese orden de cosas; si deslegitimaban y hasta anulaban a la clase política era porque confiaban en las virtudes de otros grupos sociales llamados a sustituirla en la dirección del país (bien fuera el *pueblo*, las *clases productoras* o las *élites intelectuales*); si despreciaban la acción política como vía de transformación de la realidad, era para poner en su lugar el viejo sueño del Siglo de las Luces, la emancipación a través de la educación; y si hablaban de una España hundida por las miserias de su régimen político era porque, en definitiva, creían traer la buena nueva de una regeneración posible y necesaria (197).

Como consecuencia de este propósito regenerador comienza a escribirse sobre la llegada de una España diferente y renovada que vendrá, para algunos de estos escritores, de la mano de “*un hombre*, un hombre histórico, encarnación de un pueblo y cumplidor de sus destinos”, asegura Macías Picavea, quien insiste en que éste ha de ser un “patriota ferviente”, con “mano de hierro” y, en consonancia con un país católico, “apóstol y Mesías del pueblo” (Rodríguez 158). Por su parte, Maeztu recomendará forjar “otra España, si acaso ésta se hundiera” (119), que habrá de curarse de su enfermedad para ser “más noble, más bella, más rica y más grande” (153). Para este propósito buscará, influenciado como fueron otros tantos por las teorías nietzscheanas sobre el superhombre y la voluntad de poder, hombres nuevos, fuertes y vigorosos, entre los que habría de encontrarse un “héroe que se atreva a garantizarnos la victoria” y que “ose a salvar la patria” (109). El mismo Unamuno terminará su serie de ensayos *En torno al casticismo* refiriéndose al “espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor” (269). Por otra parte, es de sobra conocida la búsqueda efectuada por Costa de un “cirujano de hierro” para la patria.

Como se aprecia, bajo una apariencia pesimista se esconde una justificación para la explosión de una filosofía vitalista que reivindica el poder de una autoridad no electa sino por las circunstancias excepcionales de su propia persona. Este tipo de referencias, cercanas a un fascismo en ciernes, fueron asimiladas y modificadas a su antojo por personajes como Primo de Rivera y, sobre todo, Francisco Franco, quien realmente llevó a cabo un cambio sustancial, puesto que la dictadura de Primo se efectuó en las mismas lindes del régimen de la Restauración y con la connivencia de

Alfonso XIII. Hasta qué punto se produjo esa asimilación ideológica y qué conceptos del 98 fueron los más utilizados en detrimento de los de matiz más progresista son preguntas que se irá aclarando en el transcurrir de este trabajo y en el análisis posterior de *Raza*.

Lo que sí queda claro hasta aquí es que, en materia ideológica, la retórica noventayochista constituyó la chispa desencadenante que daría lugar a ideologías posteriores del calibre de la nacionalcatolicista. Incluso, si se quiere ver así, el carácter predictor de esta generación llega hasta el terreno de lo fáctico, como demuestran las palabras proféticas de Maeztu: “Es preciso castigar a mucha gente, es preciso hacer rodar muchas cabezas, es preciso que a las guerras coloniales, y a la guerra con Norteamérica, siga la guerra civil . . . ¿Tenemos muertes? ¡pues más muertes!” (142). El mismo autor enarbolaría el himno “aprender a morir”, tan presente en el discurso propagandístico del régimen franquista (recuérdese el cántico “Soy el novio de la muerte”).

En esta línea, una atención especial merece Ángel Ganivet y su *Idearium español*, por varias razones indicadas por Abellán en su prólogo al libro. Por un lado, la obra, publicada el año precedente al desastre, ha sido vista como emblema de una época y de una literatura. Por otro, la celebridad del propio autor estriba, además de en sus letras, en el hecho de que haya sido convencionalmente considerado “precursor” de la generación del 98 (aunque es coetáneo a Unamuno), símbolo del nacionalismo español, mito y mártir, debido en parte a su suicidio en 1898, cuando contaba solamente con treinta y tres años (para más inri, la edad con la que falleció Cristo). En este clima de admiración y espanto, el *Idearium* de Ganivet, y su posterior correspondencia con Unamuno, de la que nació *El porvenir de España*, es muy probable que ambos libros del autor se propagaran y se leyeran con más énfasis que las de otros teóricos de la época. Por tanto, debido a las razones antes nombradas, se efectuará un análisis un tanto más pormenorizado de las ideas del granadino, por cuanto pueda ser útil a la aprehensión de la ideología plasmada en *Raza* por Jaime de Andrade y así atender al objetivo del presente estudio.

Desde las primeras páginas del *Idearium español*, Ganivet concretiza, a partir de la supuesta visión que pudo tener Séneca de la península Ibérica, la existencia de una esencia española, oriunda de la tierra, inalterable, perenne e ingénita. A partir del determinismo geográfico de la época, el autor

asegura que lo español, como ente metafísico, se cristaliza en “una fuerza madre, algo indestructible, como un eje diamantino” que “Séneca no tuvo que inventarlo porque lo encontró inventado ya” (38).

Esta esencia justifica la existencia de una determinada raza, cuyas características nacen precisamente de “lo más hondo”, de la búsqueda del “núcleo irreductible”, que moldea la fuerza motriz de todo ser humano: “espíritu territorial” (56). Así, lo más profundo de cada hombre y, por ende, del conjunto de ellos, se deriva de la propia esencialidad del suelo que éste pisa; y si la persona se configura gracias a su tierra, también ésta, la patria, partiendo de sus ya conocidas tendencias hacia la prosopopeya, adquiere propiedades humanas, muta en un organismo vivo, que en el caso de España está estructurado de la siguiente manera: “el espíritu territorial es la médula; la religión, el cerebro; el espíritu guerrero, el corazón; el espíritu jurídico, la musculatura, y el espíritu artístico, como una red nerviosa que todo lo enlaza y lo unifica y lo mueve” (81). De esta suerte expone Ganivet las fuerzas orgánicas consustanciales a la nación española: territorio, religión, belicismo, justicia y, finalmente, el arte como argamasa que aúna el conjunto.

España es nación cristiana y no puede dejar de serlo, porque “se haya fundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en ‘descatolizarla’, no conseguirán más que arañar la corteza de la nación” (52). Además, no sólo es una nación cristiana, sino que posee un cristianismo peculiar español, “más suyo” —en coherencia con su espíritu territorial— que no se asemeja al de otras naciones, caracterizado por su simbiosis con el “estoicismo”, lo cual explica el motivo por el que el español es un pueblo guerrero, y ayuda a justificar tanto la Reconquista medieval como las aventuras coloniales. Así, Ganivet observa una duplicidad en el sentido religioso nacional, que se bifurca en dos tendencias: “el misticismo, que fue la exaltación poética, y el fanatismo, que fue la exaltación de la acción” (45).

No obstante, jamás esta visión de la espiritualidad cristiana nacional será vista por Ganivet como una exaltación de la violencia o la guerra, por el contrario, corresponde a una visión específica de la justicia, de la que participa un ser “guerrillero”, pero no “militar”, nunca agresivo, cuya identidad corresponde a la propia esencia de la tierra que, por ser península, posee un alma que aboga por la independencia; al contrario de lo que

acontece con las naciones insulares, como Inglaterra, beligerantes *per se* por configurarse en isla y, por tanto, contar con una probabilidad menor de ser atacadas; y las continentales, que por su falta de aislamiento marítimo y proximidad a pueblos foráneos, poseen un espíritu de resistencia (57). Así, todas las incursiones imperialistas españolas han correspondido siempre a un sentimiento de independencia, lo que era necesario asegurar debido a la situación nacional de “casa con dos puertas”, una a los Pirineos y otra al Estrecho de Gibraltar. La conquista de territorios transatlánticos, alejados de las citadas “puertas”, sólo puede explicarse por un traspaso de fuerzas castellanas en la lucha contra los árabes a América porque, como elucida Ganivet, el pueblo español no es un pueblo violento. La evolución histórica se explica de la siguiente manera:

Y en nuestra historia interior, siendo como es, por desgracia, fertilísima en guerras civiles, no existen tampoco guerras de agresión, sino luchas por la independencia. La unión nace por la paz y en virtud de enlaces o del derecho hereditario: así se unieron Aragón y Cataluña, Castilla y Aragón, España y Portugal. La guerra aparece sólo al separarse: de un lado se combate por la independencia; del otro por conservar la unidad, es decir, la legalidad política establecida; por lo tanto, no hay agresión (64).

Pueblo fuerte, guerrillero, valiente, aguerrido; mas nunca sanguinario, cualidad que, por otra parte, iría contra la moral cristiana intrínseca a España. Tanto estas premisas son ciertas, que hasta en la batalla el soldado demuestra su bondad en consonancia con el espíritu territorial que le envuelve, a saber, el guerrero español lucha cuerpo a cuerpo y es esta cercanía con el enemigo la que le permite, cuando no acaba con su vida, apiadarse de él y perdonarle, lo que no acontece con otros que pelean en la distancia, menos valerosos que el español que, por otra parte, siempre halla un equilibrio entre los que asesina y aquellos de los que se compadece y, aún matando, lo hará en pro de la independencia, como corresponde a su ascendencia peninsular, a su espíritu territorial (69). Asimismo, será este espíritu el que le impida ser “militar”, en cuanto que el soldado no atiende a una organización disciplinaria, sino que es su propia condición la que lo lleva a ser guerrillero y a renacer como fénix, y ésta “la da gratuitamente la tierra” (72).

La propiedad marcial explicada encuentra un paralelismo con el sentido de justicia español. Éste, si bien se concretiza en un determinado código estricto, encauza su aplicación en dos acciones diferentes: el cumplimiento efectivo del código, o bien, la condonación de la pena. Así como el militar mata por la independencia pero se apiada por caridad, los españoles “castigamos con solemnidad y con rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia, y luego, sin ruido ni voces, indultamos a los condenados para satisfacer nuestro deseo de perdón” (79). Esta dualidad de acción, si bien no parece ser la más apropiada para gestionar la aplicación del ordenamiento jurídico de una nación, existe, no obstante, “en armonía con nuestro carácter”, por lo que pasa a ser inmutable.

Según la exposición anterior, para Ganivet la esencia territorial de España y sus ciudadanos se compone de dualidades complementarias en cuanto a religión, guerra y justicia se refiere. Siguiendo la fórmula del “sí, pero...”, Ganivet articula un carácter español fanático pero místico, que lucha pero perdona, que ajusticia mas amnistía, con el fin de contraponer dos fuerzas que se contrarresten y hallen, al fin, el deseado equilibrio. En su silogismo las aptitudes de un César parecen aliarse con las de un Papa, o las de un Napoleón con las de un Santo y todas ellas en una concepción dual fruto del más puro maniqueísmo.

Tras exponer y desglosar los entresijos de la esencia española, Ganivet se aventura a realizar una propuesta para el futuro de la nación, que consistiría en un “período español puro”, en el que se cierren “todas las puertas por donde el espíritu español se escapó” (131), es decir, concentrarse en el territorio nacional para reconstruirlo desde dentro, olvidándose ya de las empresas coloniales que, en aquel momento, parecían “dos sangrías”, puesto que era inminente la derrota de España. Se enfoca ahora Ganivet hacia otro tipo de empresa, consistente en una conquista de tipo intelectual, que permitiese reconstruir el sentimiento de Hispanidad que debe englobar a pueblos forzosamente hermanos, como España y Latinoamérica, e incluso a España y Portugal, que comparten la misma península.

A pesar de tal hermandad espiritual, no ocurre lo mismo en lo que respecta a invasiones materiales, ya que “ni por el Norte, ni por el Occidente, ni por el Oriente hallará España una promesa de engrandecimiento” (124). El lector se preguntará qué ha de ocurrir por el Sur, a lo que el autor granadino contestará en su obra epistolar co-escrita con Unamuno que la

puerta de África hay que dejarla “entornada”, no con el objetivo de abrirla totalmente en el momento presente, sino para el día en que España haya logrado su efectiva reconstitución, y buscar en el árabe al aliado, no por afán imperialista sino obedeciendo al sentimiento de independencia ya explicado, que se iguala al de defensa o protección, porque “mientras la forma de la vida europea sea la agresión, y se proclame moribundas a las naciones que no atacan y aun se piense en descuartizarlas y repartírselas, la paz en una sola nación sería más peligrosa que la guerra” (177). Así es como, con la mente puesta en África y los pies en una patria doblemente guerrillera, religiosa y justa, concebía Ganivet el porvenir de la nación.

Será este el contexto en el que Francisco Franco comience a gestar su segunda obra literaria<sup>4</sup>, *Raza. Anecdotario para el guión de una película*. En concreto, la obra se escribió, según Ricardo de la Cierva, “en el invierno de 1940-1941, año y medio después de terminada con éxito la guerra civil y como un desahogo en medio de las preocupaciones de la segunda guerra mundial” (13), y fue publicada en 1942, el mismo año del estreno de la película. Ha de ser enfatizado que esta composición ficcional fue concebida con una triple función: literaria, cinematográfica y política. Respecto a la primera, poco después del estreno del filme, aparece una edición en la que se elimina el subtítulo que remite a su carácter de guión cinematográfico, para colocar el de “novela”, con intención de “precisarle al lector el carácter y género de la obra” (Utrera 3). De hecho, *Raza* está registrada en la Sociedad General de Autores (SGAE) y algunos historiadores han incluido al Caudillo como representante de la novelística de su tiempo (Utrera 4). La segunda función es más que obvia puesto que corresponde al objetivo primero de su génesis: realizar un producto cinematográfico para el gran público. Finalmente, ambos materiales, el literario y el fílmico, habían de constituirse en herramienta política allende de su componente estilístico, lo que constituye el fin preponderante de la obra y que sobrepasa a los anteriores.

En este sentido había sido creado en 1940 el Consejo de la Hispanidad, como organismo capaz de establecer sólidos lazos culturales y económicos entre España y las naciones de Latinoamérica —hermandad necesaria que Ganivet advirtió—. Esta institución será la encargada de la producción

---

<sup>4</sup> La primera fue *Diario de una bandera* (1922).

de la primera versión de la cinta que, por otra parte, acabó proyectándose en Italia, Alemania y Argentina, entre otros países. Asimismo, la creación se encuadra dentro del marco cinematográfico del primer franquismo, que oscilaba entre dos tendencias cuidadosamente definidas: el cine de entretenimiento, elaborado para que un potencial espectador olvidase “no sólo la tragedia del conflicto bélico sino la dura posguerra”, y el cine de adoctrinamiento, que “pretendía recordar y legitimar la guerra civil a través de la exaltación militar” (Crusells 346). Es este último *telos* el que destacará frente a otros en la producción fílmica de Sáenz de Heredia y, por ende, el que había movilizó meses antes la pluma del consabido guionista, a cuyo quehacer se remite este estudio.

La novela de Jaime de Andrade, de cariz pretendidamente realista, se divide en cuatro partes, marcadas por el propio autor, y que corresponden a diferentes etapas históricas: los años colindantes al desastre colonial de 1898, los que corresponden a la II República, y aquéllos en los que tiene lugar el desarrollo de la contienda civil, que sirve de escenario para las dos últimas secciones; y aquellos en los que tiene lugar el desarrollo de la contienda civil, que sirve de escenario para las dos últimas secciones. Les sigue un epílogo, situado en 1939, cuyo telón de fondo es el Desfile de la Victoria, que anuncia el fin de la guerra y el éxito del llamado Bando Nacional. A través de estas subdivisiones, el escritor narra la vida de una familia hidalga residente en Galicia, los Churruca Andrade<sup>5</sup>, al tiempo que aprovecha para reconstruir la historia de España más reciente mediante la voz de un narrador omnisciente, extradiegético, que adopta una perspectiva interna centrada en elevar la calidad moral de ciertos personajes mediante un proceso de adjetivación ubérrima que actúa, en su versión negativa, como elemento vilipendiador contra otros, con lo que sigue la finalidad política anteriormente argüida.

En continuidad con este procedimiento dicotómico, se distinguen también en la obra lo nacional y lo extranjero, así como lo que he clasificado como personajes agentes, mayoritariamente hombres, y a los que corresponde la evolución de las circunstancias históricas; y personajes pacientes, concentrados en el sexo femenino. Por otra parte, a la fértil adjetivación,

---

<sup>5</sup> Familia formada por: Pedro Churruca (padre), Isabel Andrade (madre) y cuatro hijos: Pedro, Isabel, José y Jaime.



se añade el empleo de un vocabulario caracterizado por su barroquismo, con toques románticos empleados, sobre todo, en la descripción de paisajes —“sobre el horizonte, enhiestos y corpulentos eucaliptos rasgan el cielo con sus arrogantes siluetas” (25)— y una función mimética en lo que respecta al lenguaje de las diferentes clases sociales: así, una campesina del pueblo llama a la madre de la familia protagonista y esposa de Pedro Churruca, Isabel Andrade, “señurita” (27) mientras que una pescadora se dirige a ella de la siguiente forma: “Gracias, señoritiña; Dios se lo pague” (33), reflejando no sólo su condición social, sino su procedencia gallega. De esta serie de recursos estilísticos se vale el escritor para, con excepción de las digresiones del narrador y las constantes acotaciones, articular una novela esencialmente dialogada, en coherencia con la proyección fílmica con la que se origina.

No obstante, el universo narrativo aquí referido se sirve de otras herramientas para su construcción que, si bien no ficcionales, poseen extrema relevancia para la aprehensión de la ideología latente en la obra del dictador. La primera de ellas es la dedicatoria del libro, que reza “A las juventudes de España, que con su sangre abrieron el camino a nuestro resurgir. EL AUTOR” (19). A través de ella el lector percibe un agradecimiento directo por parte del literato a los combatientes del bando insurrecto en la guerra civil, al mismo tiempo que justifica el derramamiento de sangre de éstos con el posterior fin obtenido, a saber, un cambio en la faz política de la nación hacia el sabido régimen dictatorial, calificado como “resurgimiento”, concepto al que volverá en las páginas siguientes.

El segundo paratexto lo conforma una nota introductoria en la que también se adelanta una razonable porción del corpus ideológico reflejado en la novela. En ella Franco expone:

Vais a vivir escenas de la vida de una generación; episodios inéditos de la Cruzada española, presididos por la nobleza y espiritualidad características de nuestra raza.

Una familia hidalga es el centro de esta obra, imagen fiel de las familias españolas que han resistido los más duros embates del materialismo.

Sacrificios sublimes, hechos heroicos, rasgos de generosidad y actos de elevada nobleza desfilarán ante vuestros ojos.

Nada artificioso encontraréis. Cada episodio arrancará de vuestros labios varios nombres... ¡Muchos!... Que así es España y así es la raza (21).

Véase cómo, por medio de los referidos aporos textuales, el autor elimina todo atisbo de ambigüedad posible para aproximar al lector no sólo a un tiempo y a un espacio determinados, sino también a una postura política específica. En primer lugar, el término “resurgir” comunica una vuelta a cierta etapa ideal pasada en la que los acontecimientos se articularon de mejor forma a como lo hicieron en el pretérito inmediato, es decir, remite a una correspondencia entre dos tiempos positivamente valorados, en mitad de los cuales se desarrolló un período oscuro, no deseado que, por otra parte, es el elegido por el autor para situar su fábula: 1898-1939. Se suma así Franco a la corriente regeneracionista, en cuanto que procura un renacimiento español que, en la búsqueda de su propia legitimación, comienza por criticar “el problema de España”, para luego ubicar el brote de éste en el simbólico desastre colonial, ya convertido en *topos* literario por la Generación del 98.

De esta forma, se encuentra la obra atestada de críticas al gobierno de la Restauración que, en su defectuosa gestión del conflicto, había dejado al cuerpo militar en Cuba “sin armas, sin efectivos, sin política exterior, aislados del mundo” (50), por lo que el ejército español se vería obligado a hacer frente a un enemigo descrito como superior (Estados Unidos) sin ningún tipo de respaldo. Así, el autor asevera que “España se asemeja a un barco sin gobierno” (49), afirmación a la que apela la novela durante el transcurso de la etapa republicana, acotación temporal en cuyo devenir Isabel (madre) fallece por “no ver a su Patria destruida” (87). Con aquellas palabras Jaime de Andrade obvia la genérica metáfora organicista desgastada por el grupo noventayochista y en su lugar emplea expresiones de matiz naval y marcial para definir a la nación y criticar expresamente a su gobierno. Dichas expresiones serán apropiadas a su exaltación militarista que, sin embargo, poseen la misma raíz crítica que la primera y cierta semejanza en cuanto a su pesimismo declarado y optimismo intrínseco. Este último estaba volcado hacia la obtención de otra España que no llegará hasta el final de la contienda fratricida en 1939, a pesar de que la aparición del nuevo hombre, el explorado “cirujano de hierro” o el anhelado timonel tenga lugar el 18 de julio de 1936, momento en que “surgió la primera aurora de esperanza” gracias al “alzamiento de las tropas de Marruecos, a las órdenes del general Franco” (95).

No obstante, no es sólo la crítica al sistema gubernamental imperante y la propuesta —que esta vez rebasa las demarcaciones teóricas— de un nuevo panorama nacional lo que asemeja la obra del Caudillo a la del

colectivo literario del desastre. A lo largo de las páginas de *Raza*, su autor se concentra en la búsqueda de una esencia española o *Volksgeist* con la intención de acotar los rasgos que la legendaria pero renovada tierra ha de poseer y, por extensión, sus habitantes, en sintonía con el pseudo-determinismo geográfico en clave espiritual y romántico anunciado, entre otros, por Ganivet. La familia ejemplar elegida concentra algunos de estos valores: hidalga, cristiana, caritativa y, por parte de padre, descendiente de “Don Cosme Damián Churruca, el más sabio y valeroso marino de su época” (42), héroe de Trafalgar y abuelo del cabeza de familia, el capitán Pedro Churruca. Por otra parte, recuérdese que la mayoría de los conquistadores que partieron a América cuando comenzó la empresa colonial española eran hidalgos, título que, además, sirve al autor para delinear en mayor o menor medida al receptor ideal de su obra, aquel que ha sufrido “los embates del materialismo”, entendido éste como contraposición a la “espiritualidad” subrayada en la nota introductoria, propiedad ingénita de lo español, como había anteriormente destacado el 98.

Dicho espíritu se corresponde por naturaleza con un alto sentido del Deber, “tanto más hermoso cuantos más sacrificios entraña” (43), y del Honor, que provoca que Isabel (hija) le pida a su marido la vuelta al campo de batalla cuando éste, habiendo huido de sus funciones asignadas en la contienda, se apersona en el lugar para estar con los suyos: “Le pedí que se fuera; antes lo prefería muerto” (167). A estos conceptos se enlazan en vínculo inextricable la valentía, el arrojo, la fuerza, el coraje característicos de la raza, cristalizados siempre en personajes agentes que, como hubo de aseverar Ganivet, tienen propiedades multiplicativas: “cada hombre que cae, cada valiente que muere, hacen surgir ciento. Yo no me asombro. Otra cosa no sería España” (148). El propio título de la novela remite a esa concepción de lo español, que es, a saber, inmutable, por haber sido generada a lo largo de siglos de historia nacional, en cuyo contexto son particularmente significativas las menciones a Castilla, patria chica de Isabel de Andrade, “noble castellana” (26), y región a la que pertenece Toledo, ciudad sublimada por José que, habiendo sido nombrado Oficial tras sus estudios en la Academia militar situada en esta localidad, aprovecha el evento para recalcar a los suyos la categoría toledana de “centro de la historia de España. De los grandes santos, de los maravillosos pintores, de los literatos y sabios insignes y de los más nobles y esforzados caballeros” (75).

Esta tierra, punto neurálgico de codificación española, ha testificado empresas excelsas de la casta que aloja. Entran a escena, pues, algunos de los “hechos heroicos” a los que apela el segundo paratexto, ahora latentes en la alocución de José, que ergotiza sobre personajes célebres vinculados a la urbe castellana, tales como Alfonso VI o el Cid, las protagonistas de “dolores femeninos” Berenguela, Blanca de Borbón, María de Padilla y, sobre todo, el rey goda Recaredo, que “reconcilió a España con la Iglesia, al abjurar en este lugar la herejía arriana el año 586” y convertirse al catolicismo (71). Este discurso guarda consistente parecido con el pronunciado por el capitán Pedro Churruca cuando, hojeando el libro de las Glorias de la Marina española entregado como presente a su hijo mayor, reconstruye la historia naval peninsular comenzando por las travesías mercantiles de los fenicios y terminando por la acción de su propio abuelo en la batalla de Trafalgar contra Inglaterra. En su acto de perorar, Churruca define uno de los conceptos clave de la obra, el de *almogávar*: “guerreros escogidos, la flor de la raza española . . . Duros para la fatiga y el trabajo, firmes en la pelea, ágiles y decididos en la maniobra”, que lejos de haberse extinguido, sobrevive “en la venas españolas y surge en todas las ocasiones” (40), tanto que “cuando en España surge un voluntario para el sacrificio . . . hay siempre en él un *almogávar*” (192), según asegura el Caudillo en las líneas escogidas para poner fin a su obra.

Por todo lo anterior, la recuperación de una ornamentada tradición, tanto española como pre-nacional, se ajusta al propósito explicitado por el autor consistente en llevar a cabo el consabido “resurgimiento”, puesto que a partir de la elección de ciertas figuras emblemáticas que ejercen como símbolos patrios atemporales se pretende saltar el vacío existente entre las dos etapas históricas, a saber, la que nació y la que está por renacer. Francisco Franco hace eco de los métodos noventayochistas para, a partir de la selección de las figuras que más se aproximan a su propia concepción de lo que España debería ser o moldeando éstas hasta obtener la apariencia deseada, situar estos modelos españoles en su universo ficcional. De esta forma, sigue un sendero ya trazado por el grupo del desastre y que tiene como último propósito la alteración parcial o total de la identidad nacional que, en el caso franquista, se manifiesta escoltada de un programa político nítidamente defendido y definido. Las semejanzas entre la obra de Jaime de Andrade y la generación de fin de siglo no se estacan, empero, en materia formal,

puesto que existe una sustancial equivalencia entre los valores apuntados por algunos miembros de aquella y los que enarbola el Generalísimo en su obra, hasta el punto de coincidir incluso en las referencias a Cervantes, cuya figura sirve de refugio a José en la lid que enfrenta a éste con un colectivo de “guardias, despechugados y sucios” (101) y, de la que se afirma posteriormente haber presidido “nuestra lucha” (168). Una vez más, Franco convierte a un elemento extraído de la tradición en blasón y testigo del conjunto moral que habría de conformar su otra España.

Además de los principales elementos teóricos y técnicos noventayochistas utilizados por el autor de *Raza*, en su obra se vislumbran otros, como una cierta tendencia a la mitificación del estamento social menos favorecido. Se le adjudica a éste dispares virtudes, verbigracia: bondad, inocencia y servilismo. Así, tras describir un “árido descampado” en el que se sitúa un grupo de “modestísimas viviendas”, el narrador identifica una de ellas como “la casa de la hermana de Tano, una de esas buenas mujeres de nuestro pueblo, todo corazón y espontaneidad” (116). Esta concepción del pueblo, esencialmente romántica como lo era en el 98, sirve al autor para contraponer al núcleo familiar escogido como escaparate ejemplar otro colectivo poblacional que, plácidamente satisfecho con su estatus, sirve y hasta agradece la existencia de aquel, como corresponde a una organización social hierática, ordenada y estanca. Por otra parte, la orientación demófila del Caudillo ha de encuadrarse en el aparato propagandístico del cual la obra analizada forma parte, orientado hacia la legitimación de un determinado esquema de poder. En este sentido, el elemento narrativo demófilo posee, no sólo una esencia retórica, sino también política: misma esencia que mueve la demofilia de la generación del desastre. Sin embargo, entre los noventayochistas la ambición de mando ostentaba un carácter más ideal que fáctico, ya que no servía a los intereses de un esquema gubernamental declarado, ni mucho menos explícitamente dictatorial.

Por último, la obra de Jaime de Andrade muestra abiertamente su defensa del catolicismo, como ya se ha podido comprobar a lo largo de estas páginas en sus diferentes referencias a la Cruzada, el rey Recaredo, etc. No obstante, en su afán de búsqueda de una esencia puramente española, única e inmutable y en correspondencia con la ideología de Ganivet, Franco trata de darle un carácter único a una religión con un dilatado campo de acción internacional, a través de afirmaciones como “España es la nación

más amada de Dios” (77), puesta en boca de un eclesiástico, el Padre Esteban. En coherencia con este presupuesto, los valores predominantes en el colectivo español han de ser aquellos que la Iglesia proclama, entre los que la piedad cumple un papel esencial, incluso en situaciones en las que aparentemente no tiene cabida, como ocurre en el campo de batalla.

Para aunar cualidades tan dispares como clemencia y denuedo en la lid en el mismo saco deontológico que comprende lo español puro, Franco utiliza un procedimiento parecido al usado por Ganivet en la descripción del gremio guerrillero. El militar español, arguye Jaime de Andrade, es bravo y valiente, pero en plena actividad marcial puede llegar a apiadarse del otro combatiente, mas solamente —y aquí es presentado un argumento novedoso respecto al autor granadino— cuando éste sea oriundo de la nación, aun perteneciente al otro bando. Por ello José manifiesta su predilección hacia el enfrentamiento con las Brigadas Internacionales republicanas y explica “cuántas veces en los combates hemos cesado el fuego, suspendido la persecución por ser —los enemigos— españoles” (156), lo que corrobora la gradación valorativa en la escala social establecida en la obra, que en orden de importancia decreciente sería: lo español nacional (con predilección hacia el personaje agente en detrimento del paciente), lo español republicano, lo foráneo.

En definitiva, se puede concluir que Franco leyó el corpus teórico producido por buena parte de la generación del 98 y sus coetáneos y aplicó algunos de sus postulados a su propia obra literaria, tal y como representan los parecidos considerables entre las literaturas comparadas, no sólo en procedimientos sino, y sobre todo, en contenidos. La preocupación por la problemática nacional, que comienza en el período de la Restauración y es prolongada por el General hasta el final de la Segunda República; la desesperada búsqueda de una esencial impolutamente española e inmutable “fuerza madre” espiritual y connatural al verdadero hombre nacional; la sublimación del catolicismo como religión del Estado y pozo inmarcesible de valores morales; o el romanticismo a la hora de contemplar a una masa de trabajadores esencialmente útil para su programa político fueron algunos de los rasgos del colectivo ensayístico del 98 extrapolados por Franco a su propia obra literaria.

No obstante, durante este proceso de arrogación de conceptos noventayochistas a *Raza* y a otros textos de su producción literaria, política

e incluso jurídica el dictador fue plenamente consciente de aquellos que servían a su proyecto gubernamental y de esos otros que debían ser desdenados. Así, por ejemplo, Franco rechaza toda alusión a la propuesta de europeizar España para indagar en las profundidades nacionales y legitimar la etapa histórica recientemente inaugurada y que guarda parecidos considerables con el periodo español puro vaticinado por Ganivet. Por otra parte, también se obvian los diferentes modos en que la metáfora organicista se presentó durante los años colindantes al fin de siglo y sus constantes alusiones pseudo-científicas a la enfermedad, la abulia o la atonía. Por el contrario, el Caudillo prefirió las descripciones de viso vitalista, por lo que orientó sus críticas y sus dardos pesimistas concretamente hacia la masa gubernativa y no hacia la generalidad social; elemento que, por otra parte, era extremadamente útil para la consecución de sus propósitos. Por ello, nación o barco “sin gobierno” compone una metáfora de declarado pragmatismo en cuanto va dirigida a quienes se quería destronar, mientras que nación “abúlica” implicaría la abstracción del sujeto aquejado de dicha patología. De esta forma, Franco reduce las críticas globales al sistema efectuadas por el 98 a otras de cariz específico hacia el área gubernativa.

Con todo lo expuesto anteriormente se pretende destacar que la interpretación efectuada por Francisco Franco del conglomerado literario del desastre fue subjetiva y adaptada a un proyecto individual que no sólo englobaba la invención de una nueva nación, sino también de un estado —propósito al que nunca aludió el 98—, objetivo que afecta sobremanera a su obra literaria. Aún así, se ha comprobado que el colectivo noventa-yochista le proporcionó, consciente o inconscientemente, una sólida base teórica de aclamado renombre de donde partir, cristalizada sobre todo en la creencia de una categoría española inmaculada e inextricablemente ligada a valores católicos y anclada a una ontológica, inexpugnable tradición nacional que habría de resolver la atmósfera de execrable hecatombe en cuyos términos había sido juzgado el país durante décadas. Este tipo de aseveraciones intelectuales no hicieron sino dejar la puerta abierta a todo rango de entelequias totalitaristas, entre ellas, la que llevaría a la configuración del almogávar, ente que estuvo presente, en mayor o menor medida, durante casi cuatro décadas.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Ayala, Francisco. "Prólogo". *La Literatura del Casticismo*. Ángeles Prado. Madrid: Moneda y crédito, 1973.
- Azaña, Manuel. *Plumas y palabras*. Barcelona: Crítica, 1976.
- Cierva, Ricardo de la. "Prólogo". *Raza. Anecdotario para el guión de una película*. Francisco Franco. Barcelona: Planeta, 1997. 7-17.
- Crusells, Magí. "Raza (1941), la pérdida de las últimas colonias a través de un ejemplo de propaganda cinematográfico". *En torno al "98". España en el tránsito del siglo XIX al XX. Vol. 2*. Ed. Rafael Sánchez Mantero. Huelva: Collectanea 34, 2000. 345-356.
- Franco, Francisco. *Raza. Anecdotario para el guión de una película*. Barcelona: Planeta, 1997.
- Fusi, Juan Pablo y Antonio Niño, eds. *Visperas del 98. Orígenes y Antecedentes de la Crisis del 98*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.
- Ganivet, Ángel. *Idearium Español*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996.
- Jover Zamora, José M. "Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo". *Visperas del 98. Orígenes y Antecedentes de la Crisis del 98*. Eds. Juan Pablo Fusi y Antonio Niño. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997. 15-46.
- Maetz, Ramiro de. *Hacia Otra España*. Madrid: Rialp, 1967.
- Moradiellos, Enrique. *1936. Los Mitos de la Guerra Civil*. Barcelona: Ediciones Península, 2004.
- Pan-Montojo, Juan, ed. *Más Se Perdió en Cuba. España, 1898 y la Crisis de Fin de Siglo*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- Pérez Vejo, Tomás. *Nación, Identidad Nacional y Otros Mitos Nacionalistas*. Oviedo: Nobel, 1999.
- Prado, Ángeles. *La Literatura del Casticismo*. Madrid: Moneda y crédito, 1973.
- Pro Ruiz, Juan. "La política en tiempos del Desastre". *Más Se Perdió en Cuba. España, 1898 y la Crisis de Fin de Siglo*. Ed. Juan Pan-Montojo. Madrid: Alianza Editorial, 1998. 151-260.
- Rodríguez Puértolas, Julio, ed. *El "Desastre" en sus Textos (la Crisis del 98 Vista por los Escritores Coetáneos)*. Madrid: Akal, 1999.
- Sánchez Mantero, Rafael, ed. *En torno al "98". España en el tránsito del siglo XIX al XX. Vol. 2*. Huelva: Collectanea 34, 2000.



- Seco Serrano, Carlos. *Alfonso XIII y la Crisis de la Restauración*. Barcelona: Ariel, 1969.
- Serrano, Carlos. *Final del Imperio. España, 1895-1898*. Madrid: Siglo veintiuno editores, 1984.
- Smith, Anthony D. *La Identidad Nacional*. Madrid: Trama Editorial, 1997.
- Unamuno, Miguel de. *En Torno al Casticismo*. Madrid: Cátedra, 2005.
- Utrera Macías, Rafael. “*Raza*, Novela de Jaime de Andrade, Pseudónimo de Francisco Franco”. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. 7 de diciembre de 2009.
- Villacorta Baños, Francisco. “Pensamiento social y crisis del sistema canovista 1890-1898”. *Visperas del 98. Orígenes y Antecedentes de la Crisis del 98*. Eds. Juan Pablo Fusi y Antonio Niño. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997. 237-256.